



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerlo al gato. Lo que fuere sonara.

REVISTA SEMANAL.

Esta semana se ha reído mucho la gente. Y ¡cosa rara! EL CASCABEL, dispuesto a reírse siempre, no ha podido reírse esta semana, y lo siente de veras, porque cuando él no se rie, bien puede creerse que no hay motivo para reírse.

El lunes asistió al oficio fúnebre que se celebró en San Isidro, en sufragio de los valerosos españoles sacrificados el 2 de mayo de 1808 por la inícuca ambición de un tirano: imó como que él mismo había estado presente.

Le agradó muy mucho la oración fúnebre pronunciada en dicha solemnidad por don Mariano Puyol y Anglada.

Por la tarde vió un gran número de personas que recorrían las calles en silencio.

En el primer momento, EL CASCABEL se sobrecogió, y miró á las manos de las personas, que formaban aquella procesion.—Cada una llevaba una corona.

Esto le tranquilizó, y aunque por la noche tuvo un sueño extraño, no quiere atribuirlo de ningún modo á la impresion que en él hizo aquella reunion grave, silenciosa y... pacífica.

El martes salió de casa, y fué á afeitarse,—que EL CASCABEL se afeita ya,—y la peluqueria estaba llena de barbudos, que todos tenían gran prisa porque los afeitaran, y hasta los rizaran el pelo.

¿Y saben VV. por qué?

Porque iban á almorzar.

Salió de allí, y oyó á muchos cocheros de plaza decir que iban á tener gran día con el almuerzo.

En la Puerta del Sol vió muchos ómnibus, calesines, tartanas y todo género de vehículos, que, según decía la gente, iban al almuerzo.

Preguntó á un médico qué clase de enfermedad era la llamada el almuerzo, y le contestó que únicamente podría darle razon de tan grave dolencia el doctor Mata.

Aunque EL CASCABEL había almorzado ya, despertósele el apetito con tanto oír hablar de almuerzo, que pian piano se dirigió, siguiendo el itinerario que le señalaban los coches y la gente, al sitio del almuerzo.

Tres pesetas llevaba en el bolsillo, y con tres pesetas bien puede almorzar un cristiano.

Mas allá de la plaza de los toros era el almuerzo, pero EL CASCABEL no pudo entrar.

Tuvo que contentarse con el olor, que era por cierto

muy confortable y capaz de resucitar á un muerto.—El almuerzo costaba mas de tres pesetas, con lo que á cada uno de los que allí almorzaban le habia costado la broma, puede comer cinco ó mas días la familia de un trabajador.

En las inmediaciones de aquella Jauja habia muchos cariñosos, unos con la boca abierta, y otros con la boca cerrada por temor de las moscas.

Otros se estremecían al oír los taponazos de las botellas de Champagne. Otros se reían grandemente.

EL CASCABEL se reía tambien, pero la risa no le pasaba de los dientes.

En el almuerzo, según le dijeron, habia muchas personas de calidad, de viso, de importancia, que comían con gran apetito jamon, y vaca, y salmon, y hablaban por los codos, que es por donde hablan los que tienen la boca llena.

EL CASCABEL advirtió que las mujeres, que tambien acudieron á ver el sitio del sacrificio desde fuera, estaban tristes y cariacontecidas.

Esto no le extrañó, considerando que entre ellas habria esposas, madres é hijas de los convidados, que naturalmente temerian que hicieran algun esceso perjudicial á la salud los seres queridos de su corazón.

Temiendo EL CASCABEL tener que llamar á otro doctor, á causa de un tabardillo, volvióse á casa huyendo de aquel sol de justicia, lamentando que la justicia se haya ido al sol, y,—¡cosa particular!—sin ganas de comer.

El jueves, día en que la Iglesia celebra la Ascension, encontró EL CASCABEL en la calle de Toledo un entierro.

Al pasar el coche donde iba la caja que contenia unos restos humanos, EL CASCABEL se quitó el sombrero.

Seguían al féretro los caballeros que tuvieron la honorada de almorzar el martes mas allá de la plaza de los toros.

EL CASCABEL se alegró, al ver que todos estaban buenos, señal infalible de que el almuerzo no les habia hecho daño.

Pero como los que no almorzaron tomaron mucho calor, y se conmovieron mucho, y sufrieren emociones fuertes, resulta que el almuerzo ha hecho daño á los que no lo han comido ni lo han bebido.

Esto sucede siempre en el mundo.

EL CASCABEL está resentido desde ese día,—no ofendido, ni incomodado,—sino triste, taciturno, sin apetito, sin gusto, abrumado de ideas negras, y soñando desdichas y viendo visiones.

¡RECIBIR!

No presuman VV. que trato de esponer la teoria del arte de recibir los toros, ni que voy á referirme á los que reciben empleos, ni á los diputados que reciben gracias y condecoraciones con asombro de los que no las reciben; ni que pienso dar á las señoras consejos prudentes acerca de las cualidades y condiciones que deben tener las criadas que reciban; ni que pretendo recomendar á VV. alguna de esas casas que no son ni han sido de huéspedes, en las que se reciben huéspedes, ni que me propongo encarecer lo agradable que es recibir una carta con infinita de haches sobrantes y sinnúmero de ternezas, ó la noticia de que han subido al poder los nuestros, es decir, los que nos han de dar un empleo, ó la de que nos ha caído el premio gordo de la lotería...

Este artículo tiene por objeto encarecer la costumbre grandemente desarrollada en la sociedad moderna de recibir personas con objeto de divertirías, bailarías y ponerlas hasta allí de manjares exquisitos, dulces delicados, y helados, y café, y té, etc., etc.

Las antiguas, las modestas, y por decirlo así, patriarcales tertulias, compuestas de la familia, los amigos de mucha confianza y algunos vecinos, en las que se hablaba un poco de todo, y sobre todo del tiempo y de las enfermedades que cada uno padecía ó habia padecido, y los jóvenes se hacían el amor de la manera mas elocuente, es decir, callando y mirándose, y se jugaba un poco á la lotería, con cuyos fondos se disponia cada trimestre un día de campo en la fuente de la Teja ó en el Vivero, ó una comida de fonda á 10 rs. cubierto; ó una noche de *Los polvos de la madre Celestina* ó *La estrella de oro*, han desaparecido ya de nuestra clase media, que se ha aficionado extraordinariamente al café, á la política, al teatro y á recibir...

Porque hoy todos queremos caer en botija, y así como todos queremos ser ministros ó gobernadores por lo menos, todos pretendemos echarla de grandes y gastar mas de lo que tenemos, sin otro móvil que la pícara vanidad que se ha apoderado del siglo y no lo suelta á tres tirones, y sin otro fin que lucirnos y que se hable de nosotros, y que se nos tenga por mas y en mas de lo que realmente somos.

Los periódicos,—preciso es decir la verdad, aunque sea en disfavor de los periodistas, mis compañeros,—han contribuido muy mucho á despertar en nuestros contemporáneos la pueril vanidad, el mezquino deseo de hacer papel y figurar sin ser sábios, ni artistas, ni virtuosos — (ya conocen ustedes que estos virtuosos son los músicos, y que los virtuosos en la buena acepcion de la palabra, ni pueden padecer la vanidad mundana, ni ser atormentados de ningun deseo ruin ó liviano),—ni grandes poetas, ni siquiera embajadores cochinchinos; los periódicos se han propagado mucho en Espa-

ña, toda España los lee, —y lo malo es que los lee toda España y está suscrita una pequeña parte, —y se han dado de tal manera á escribir nombres propios, y á hacer conocidos los que eran y debían ser siempre oscuros y desconocidos nombres, que el tonto que ha visto repetido, y repetido con grandes encomios, el nombre de otro tonto como él, no ha querido ser menos, y no ha parado hasta conseguir que la fama lleve su nombre á los rincones mas recónditos de la Península é islas adyacentes. — Los que no esperaban que un periódico los llamase sábios, porque no lo eran, — aunque haya muchos de quienes se diga eso sin que ellos lo sean, — han logrado que los llame amables ó apreciables; las señoras particulares, que ni fumaban, ni montaban á caballo, ni pegaban de latigazos á nadie, como Lola Montes, ni escribían novelas verdes, como Jorge Sand, ni hacían otra cosa de provecho mas que bordar zapatillas y gorros al esposo y cuidar de los chiquitines, han sentido tambien la necesidad de hacer papel y ver su nombre en caracteres de imprenta, acompañados de los adjetivos amable, graciosa, bellísima, respetable — (este les gusta poco), — distinguida, etc., etc.; y si sus maridos no pensaban en tal cosa, ellas, ellas han sido las que les han obligado á figurar, para figurar ellas, á recibir, en fin.

Recibir es dar de cenar y servir música y baile á las personas conocidas y desconocidas, y hacer ver á las gentes que se tienen medios de tirar la casa por la ventana, y satisfacer el deseo de darse lustre y ser conocido.

De aquí ese sinnúmero de reuniones que se llaman soirées, conciertos, bailes, *raouts*, chocolates, tés y otros comestibles, de que todos los dias nos dan cuenta los periódicos con la mismísima formalidad que si se tratara de una grande y útil invencion, de una sublime obra de misericordia, ó de crisis ministerial.

Así ven VV. todos los dias llenos los periódicos de nombres de personas muy apreciables que han dado un concierto en su casa para celebrar los dias de uno de la familia, ó que han asistido á la reunion de don Fulano, que hizo los honores de la casa con su acostumbrada amabilidad, — y es claro que no habian de dar un sofion á cada convidado, — y cuya esposa estaba prendida con mucho gusto, y en cuya casa brillaban la señorita Z, encantadora como siempre, con vestido verde botella, de moaré, y cuerpo montante, y otras fruslerías, y las niñas de L, cuyos ojos de fuego abrazaban todos los corazones de la reunion.

Y así algunas familias se gastan el dinero que tienen y el que no tienen, por la efímera insignificante gloria que les resulta de recibir á los que van á honrar su casa y á divertirse, y á curiosear y á criticar lo que les parece, y á fumar buenos cigarros, y á beber *Champagne*, y á comer pavos trufados, cosas que les están prohibidas, si no por los médicos, por el estado poco satisfactorio de su bolsillo.

Es verdad que es una gran satisfaccion para una señora verse acariciada por las niñas y las mamás que van á su casa, y halagada, festejada y solicitada — para bailar, se entiende, — por todos los caballeros, y advertir — que esto lo advierten las señoras á primera vista, — con qué envidia mira su garganta fornecada una contemporánea suya, que la tiene tersa como un pergamino, y con unas cuerdas que seguramente con el auxilio de un arco de violin se podrian sacar de ellas los mismos sonidos que de este instrumento, y con qué pesadumbre mira otra señora el cintillo de perlas, que tan bien sienta sobre tan encantadora garganta. — Y es tambien una gran satisfaccion para el dueño de la casa, ver cómo lleven sobre su costilla galanterías sin cuento, y cuántas simpatías inspiran él y la señora, y los niños, si los tiene, y hasta los perros de su casa, á las personas que favorecen sus salones, entre las cuales hay muchas que le son perfectamente desconocidas, y que han entrado allí llevadas por alguna de las ya presentadas anteriormente.

Una de estas que hemos dado en llamar *soirées*, se presta á curiosas y cómicas observaciones.

Las niñas dedican la primera media hora á mirarse unas á otras, á comparar entre los respectivos trajes y adornos, á besarse con el mayor entusiasmo y á convenirse cada una de que ella es la mas bonita y la mas elegante; la segunda media hora á hablar de la reunion que hubo el miércoles en casa de las de lo que Vds. quieran, y del concierto que dió la viuda del mariscal el lunes, con expresion de los trajes que cada cual llevaba y de los muchachos que asistieron, y la tercera media hora á examinar, aparentando indiferencia, á los caballeros que van apareciendo, á contestar á los saludos de los mismos, á darles la mano, y á ruborizarse y sonreírse, y aparentar suma modestia y ningun amor propio al contestar á las hipóboles con que los galanes encomian su hermosura, su gracia, su gusto en el vestir, y á irse comprometiendo, — para bailar, se entiende.

Y luego comienza el concierto, porque supongo que hay concierto antes del baile. Y ahora verán VV. qué entusiasmo se advierte en todos aquellos semblantes, oyendo cantar la *Casta Diva* á la señora de la casa, acompañada al piano por un artista que se dá gran importancia, y siempre está pidiendo bombó á todos los periódicos de Madrid, desde que escribió la música de una *marzuela* que dice que no gustó por intrigas de la empresa de Jovellanos, y luego oirán VV. á un señorito gritar la romanza de *Il furioso*, con la mayor tranquilidad y mirando con una ternura verdaderamente artística á

cierta señorita que no le quita ojo, y la cual está pensando ya en que cuando sea su marido, como se lo ha prometido en un arranque de pasion casta, no se pondrá furioso nunca por maldita la cosa un hombre que canta la romanza de *Il furioso*, sin que se le descomponga el lazo de la corbata ni se le levante un solo pelo. Concluida esta furia con una ovacion tan espontánea como merecida, se presenta un caballero, que ya no es niño, gordo, brillante y sanote, á cantar un *polo*, que es aplaudido con verdadero frenesí, y bien lo merece el *cantaor* de frac y guante blanco, que acaba sudando la gota tan gorda, á consecuencia de los esfuerzos que ha hecho para dar á la cancion todo el carácter y toda la expresion que requiere el género.

Empiezan aquí á servirse helados y dulces, y aquí entra la hora de las mamás, que se despachan á su gusto, abriendo todas unas bocas, que harian muy buen efecto en la muestra de Nogués ó de cualquier otro dentista de á pié ó de á caballo. A las niñas les gustan mas que los helados los dulces que les ofrecen galantes y apuestos caballeros, y así como las mamás abren toda la boca que Dios les dió, las niñas tienen sumo cuidado en no abrir la mas que lo preciso, menos de lo preciso, para no descomponer la regularidad de las facciones, y porque no está bien que una niña de quince á veinté tenga una boca como una vieja, que ya ha salido de cuenta.

Nunca falta en estas reuniones alguna poetisa, que con notable desembarazo lee una composicion cuyo asunto puede deducirse del título, que suele ser, por ejemplo: *A D. José Perez en su aniversario*, cuya composicion haria llorar á un muerto por lo melancólica, y merece grandes aplausos de la concurrencia, apareciendo al dia siguiente en algun periódico, con lo cual ganan honra y prez la autora y el protagonista de la composicion.

Y comienza el baile, momento supremo para las señoritas y para los aficionados al baile y á las señoritas; como yo bailo solo, no conozco las emociones del baile á duo, pero han de ser dulces y encantadoras en extremo, cuando hay tantos que se lanzan á bailar en hallando ocasion. Comprendo que para los enamorados debe ser un gran recurso este del baile. Aunque bailen en medio de mucha gente, pueden decirse amores, quejas, promesas, y sin ser oídos de nadie, porque las demás parejas atienden cada una á su baile, y el murmullo de las mamás que están en conversacion, y los acordes del piano impiden que los demás se aperciban de lo que se dicen. Tambien hay viejas que bailan, — ¡vaya si las hay! — y como el galán no suele hablarlas, ellas hablan al galán, y se hacen las chiquitas, — digo, y hay alguna que lo era en tiempo de Carlos IV! — y aunque estén rendidas, aseguran que no se cansan, y bailan mas que un peon, sin otra idea que aparecer mas jóvenes de lo que son. La señora de la casa es la *abogada* de las feas, y para que no se queden sin bailar, ella suplica á los galanes que no las desairen, y las feas bailan tambien, con lo que continúan engañadas respecto de su mérito físico, lo cual es por lo menos un consuelo.

Para dar una idea de la tecnologia especial de estas reuniones, seria preciso escribir un artículo que ocupara todo este periódico, y ni el lector tendria paciencia para leerlo, ni yo la tengo para escribirlo. Es el lenguaje al uso, superficial, ni castellano ni francés, sin atractivo, sin gracia, sin ingenio. Ellas están todas cortadas por el mismo patron, todas son afectadas, fastidiosas, remilgadas; y ellos, unos presumen de calaveras y de buenos mozos, y no hay quien sufra su petulancia y su osadía; otros son jóvenes graves, empaquetados, con pretensiones de hombres de seso, y con la cabeza llena de humo; y otros, niños insuperables, atrevidos é insolentes, á quienes algun padre ó algun marido tienen que aplicar á lo mejor la punta del pié.

Los solteros se rien de los maridos; los maridos de las unas se rien de los maridos de las otras; unas van simplemente á bailar, otras á hablar simplemente, otras á ver lo que dan, y otras á murmurar de todos, á curiosear y á llevar que contar á otra parte.

Y al dia siguiente, los periódicos circulan por toda España la agradable noticia de que en casa de don Fulano se han reunido tales y tales personas con el objeto que se ha dicho, cosa que á nadie importa mas que á las personas cuyos nombres se citan.

Darán VV. que lo que acabo de hacer en este artículo es melarme en casa ajena, lo cual no está bien hecho, porque á nadie le importa lo que cada uno hace en su casa; pero como los periódicos dan cuenta con tanto afán de lo que cada uno hace en su casa, pareceme que tambien está muy en su lugar este artículo.

MEMORIAS

de un hombre de mundo.

SEGUNDA PARTE

A los diez y ocho años era yo un mozo apuesto y galán, y me llevaba de calles á todas las muchachas, y mucho mas á las que ya habian pasado de muchachas, entre las que tenia yo mas partido que mi compañero

Oíozaga entre los aficionados á almorzar. Poseido de mi superior mérito, dediquéme á conquistar á uras y á dejarme conquistar de otras, y seguramente podria un editor hacer un buen negocio publicando la historia amorosa de mi juventud á cuatro cuartos la entrega con láminas.

Tantas y de tal género fueron mis fechorías, que no pocas veces estuve en peligro de que un padre cuidadoso del recato y tranquilidad de su hija, ó un esposo de esos que no sufren ancas de nadie me moliesen los huesos á palos, ó me levantarán la tapa de los sesos, tapa que me era en extremo necesaria, porque si me la hubieran levantado hubiérase visto claramente que la tapa no tapaba cosa maldita de provecho.

Mi padre me predicaba en vano, me ponía de manifiesto la torpeza é indignidad de mi conducta, pero allí estaba mi madre para disculparme, para celebrar mis hazañas, que en su concepto probaban, entre otras cosas, mi extraordinario mérito personal, mi valor y mi talento, lo que era, como llamar feo, cobarde y bruto á mi padre, que, según él decía, en su vida las habia visto mas gordas ni mas flacas que su mujer, única persona del bello sexo á quien en mal hora se habia atrevido á declarar su mas atrevido pensamiento. Por supuesto que mi padre era valiente entre los valientes, valiente hasta la temeridad, que no fué floja la de casarse con mi madre, acción que, si hubiese habido un gobierno justo en España, le hubiera valido seguramente una cruz laureada de San Fernando.

Habia en el pueblo una pobre muchacha huérfana, pobre, hermosa y muda, á quien todos respetaban y veneraban, como respetan y veneran la inocencia y la desgracia los hombres que no son como era yo, los hombres llenos de temor de Dios y rancias preocupaciones, de que me he reido siempre. La muchacha era como un oro, á mi padre le queria extraordinariamente, porque mi padre habia hecho mucho por ella, y á mí me queria tambien porque era yo hijo de mi padre. Como siempre he tenido levantados pensamientos, propúseme hacer la conquista de la pobre muda; hoy que me dá frío y me echo á temblar cuando veo pasar un entierro ó se muere algun amigo mio, sentenciado como estoy á morir en breve, creo que me propuse entonces una villanía, pero durante mucho tiempo de mi vida he creido que aquella fué simplemente una calaverada.

Mi padre descubrió mi hazaña, y lloró el pobre viejo como si fuera aquella infeliz su hija, y si no me maldijo, fué porque nadie tiene derecho á maldecir la obra de Dios; trató mi madre, como siempre, de disculparme, y de fundar mi culpa en la infamia ciego de la desgraciada niña, con lo que acabó la paciencia de mi padre que, volviendo por su decoro y su derecho, decidió alejarme de su lado, y enviarme á Madrid á ganar, como él decía, la vida con el sudor de mi frente. Desmayóse mi madre cincuenta veces, agotó cuantos improperios pueden decirse á un hombre incapaz de arrimar un palo, ó dos, ó tres á su consorte, y se dispuso mi viaje, determinacion que en lugar de entristecerme me alegró sobremanera, como que abria ancho campo á mi ambicion, á mi vanidad y á mis deseos.

Los jóvenes y los viejos del pueblo recibieron con extraordinario gozo la noticia de mi marcha, algunas jóvenes la sintieron, porque siempre las mujeres han preferido aquellos hombres de quienes nada bueno pueden esperar, y las jamonas vertieron cada lágrima del tamaño de un garbanzo, y hubo alguna de ellas que al despedirme me estampó dos sonoros besos, que eran un poema de amor furioso. La muda, como pueden suponer mis lectores, no dijo una palabra, me miró fijamente, y luego levantó la vista al cielo, que espacia donde debían mirar los desgraciados que viven en el mundo. — Mi padre me recomendó al ordinario de mi pueblo, me dió algunos napoleones y algunas cartas para personas de Madrid, y me despidió con severos consejos, y sin darme siquiera la mano, conducta que afectó á mi madre, la que ofreció que pronto obligaria á mi padre á venir y á traerla á Madrid, donde todo su gusto seria ir conmigo al Prado, y al teatro, y á todas partes.

Siete dias despues entraba yo en Madrid, y daba con mis huesos en casa de una tia mia, por supuesto, á quien mi padre me encomendaba, y la cual habia de darme de comer y satisfacer mis mas perniciosas necesidades, dando aviso de mi conducta, y no poniendo á mi disposicion mas dinero que una pesetilla cada domingo para que fuera por la tarde al teatro.

Habíame dado mi padre cartas de recomendacion para varios amigos suyos, que estaban en posicion de hacer algo por mí, pero yo no me di gran prisa á visitarlos, porque lo que mas me urgia era ver lo que me iba en Madrid. Madrid no era entonces lo que es hoy, ahora que ya voy á perderlo de vista; — pero, comparado con mi pueblo, era un paraíso: — mi tia queria enseñarme la villa y corte; pero como la pobre era una vieja, bastante vieja, bastante rara y bastante pobre, no me hacía mucha gracia su compañía; hué de aceptarla, sin embargo, porque ella se empeñó, y no me parecia muy diplomático presentarme desde el primer dia en rebeldía, pero la acepté con la idea de librarme de ella lo mas pronto posible y quedarme en completa libertad, que yo siempre he sido muy libre.

Salimos, pues, de casa, yo con mi levita verde botella, y un sombrero con su funda de hule, y mis guantes de algodón, verdes tambien, y ella con su vestido de

alepin de la reina de color de ala de mosca, su mantilla recortada, y sus zapatitos rusos, y su airecillo de señora de calidad, que lo que es calidad no le faltaba á mi tia, hija nada menos que de uno á quien ella titulaba alcalde de casa y corte, aunque mi padre decia que el tal alcalde habia muerto siendo alguacil.

El primer edificio en que entramos era un convento de monjas, que eran todas grandes amigas de mi tia; llevome esta al torno y me presentó á las monjas, que no sé si me vieron por algun agujero, pero á quienes no vi; lo que sí sé es que creyeron firmemente que era yo un niño de cuatro ó cinco años, porque por el torno me dieron un vizecocho, y me encargaron que fuera bueno, y obedeciera á la tia en todo lo que esta me mandase. Despedimonos de aquellas santas mujeres, y llevome mi tia, para enterarme de todo lo notable que habia en Madrid, á casa de un médico, que era por lo visto el encargado de la salud de mi tia, quien le hizo una explicacion tan clara de sus histéricos, y sus flatos, y sus reliquias, y sus alifafes, como ella decia, que en verdad digo á VV. no he pasado en mi vida tan mal rato, y hubiera dado lo que no tenia por ser scordo. Desde aquel momento me fué antipática en extremo mi tia, y decidido á dejar su agradable compañía, salí con ella de la casa del doctor; ibame quedando detrás con objeto de dar media vuelta á la menor distraccion de mi tia; pero no era esta fácil empresa, porque la pobre vieja, en notando que me quedaba detrás, me llamaba, me hacia pasar delante, y aun me cogia de la mano con aquel manojillo de espárragos que tenia por fin y remate de la caña que le servia de brazo. Así es que no pude dispensarme de acompañarla á casa de un primo suyo, que era sacristan mayor de unas monjas, á quien iba á recomendarle para que con el mayor celo me impulsara en el latin, cosa que me hizo poquísima gracia y me confirmó en mi idea de hacerme independiente, mucho mas cuando oí decir al sacristan que si me aplicaba seria fácil colocarme de monaguillo en breve espacio, pero que si no me aplicaba acudiria á San Benito de Palermo, y se veria en la precision de administrarme algunos azotes. Figúrense VV. el efecto que estas palabras harian en mí, que era un mozo hecho, y derecho, y me consideraba tan hombre como el primero. No me digné contestar siquiera á aquel sacristan indigno, que me parece que en mejores tiempos habria sido mas que primo de mi tia, á juzgar por la confianza con que la trataba y la emoción con que ella le oía y le hablaba.

(Se continuará.)

CASCABELES.

IMPORTANTE.

Los hombres de EL CASCABEL quieren probar al mundo entero que existen, que existen unidos y compactos (¡qué palabrita! — ¡eh! — aplicada á los hombres...) y para lograr este fin, no encuentran otro medio mas adecuado y decoroso que almorzar.

En Buenas noches, señor don Simon, dice la criada que «con un bollo se prueba el amor, como en cualesquiera otra cosa.»

Pues lo mismo se prueba con un almuerzo la fé, la fortaleza; la union y el empuje.

Lo único que no se prueba es la templanza; pero ¿quién se acuerda de templanza en estos dichosos tiempos de gula?

Y luego, francamente, señores, es preciso que se sepa quien es Calleja. — Calleja es EL CASCABEL, — que no se ignore que nosotros no nos mamamos el dedo, que conozca todo el mundo nuestro apetito, mas abierto hoy que nunca por aquello de que la privacion es causa del apetito.

Para discurso preliminar basta y sobra, que los discursos deben dejarse para despues de almorzar. Y vamos al almuerzo.

Como somos gente de orden, queremos que haya orden en el almuerzo, y que solo nuestro apetito sea el desordenado.

Al efecto, hemos redactado las bases que sometemos á la aprobacion de nuestros amigos.

La primera base de un almuerzo es el dinero. Si no hay dinero, por mucha fé, por mucha abnegacion que se tenga, no hay almuerzo.

No pudiendo prescindir del dinero, y teniendo en cuenta al mismo tiempo que entre nuestros amigos los hay que están á la cuarta pregunta, y no queriendo indisponernos con las mujeres de algunos de ellos, que no gustan de gastos superfluos, cuando no se aplican estos gastos á moños y perendengues destinados al adorno y embellecimiento de su persona, hemos fijado la cuota con que cada cual ha de contribuir en esta solemnidad en 2 rs.

El almuerzo se verificará en todo Madrid, que suponemos que el Ayuntamiento nos lo cederá para este objeto, con toda la bondad que le caracteriza. Como suponemos que los convidados por su dinero serán muchos, hemos acordado, para evitar desorden, que no se haga uso de mesas ni manteles. Basta con

solo simples ciudadanos, ellos nos hacen felices, se afanan por ilustrarnos, y ejemplos de amor al prójimo nos están sin tregua dando, que entre ellos hay un cariño como entre perros y gatos.

«Tú estás muy alto; pues yo aun quiero subir mas alto.

«Quitate tú de ese sitio, que yo lo estoy esperando.

«¿Eres mi amigo?... Pues dame!

«¿Que nó?... Pues te doy un palo.

Este es lector, el sistema muy brevemente explicado, con que se quieren los hombres que por sus méritos, altos pretenden ser hombres publicos, y lo son por de contado.

Juan tiene mujer bonita, es un hombre bueno y sano, que no presta con usura, que á nadie pide prestado, que no se mete con nadie, que se recoge temprano, que no bebe, que no juega, que no se va á picos pardos, que con la mujer que tiene está orgulloso y ufano, que hace un favor á cualquiera, que paga al corriente el cuarto y cuantas contribuciones le vá á pedir el Estado, que piensa, no habiendo tiros que no hay un gobierno malo, que vá siempre con la esposa á paseo y al teatro, y nunca silba, ni aplaude, y paga al sastré al contado, y dá la mano muy serio al zapatero de abajo, y tener un chico gordo es lo que está deseando. Pues á este santo varón inofensivo y honrado no le deja en paz el prójimo ni en invierno ni en verano. Uno persigue á su esposa

que cada convidado se provea de un periódico grande para envolver su almuerzo.

Los convidados se reunirán en grupos de uno.

Cada grupo tendrá su gefe, que será la misma persona que componga el grupo.

Este gefe cuidará de la defensa de su almuerzo, que es lo principal, y soltará un palo, sin soltar el almuerzo, al individuo que se le acerque con intenciones hostiles.

Cada doce grupos formarán una docena de grupos; y cada veinticuatro formarán un total de doce pares.

No habiéndose podido reunir una orquesta digna de los convidados, cada uno de estos procurará almorzar en una calle donde haya algun organillo, obligando al francés ó saboyano que lo lleve á que toque piezas escogidas y nacionales.

El convidado que sepa tocar algun instrumento, puede darse él mismo la música, sin necesidad de pedir favores á nadie.

Para almorzar y tocar al mismo tiempo se compondrá como pueda, que nosotros no hemos de dar instrucciones para todo.

Todos los grupos se disolverán en cuanto concluyan de almorzar, y se limpien los dedos en el mismo papel en que hayan llevado envuelto el almuerzo.

El almuerzo se compondrá de estos manjares:

Dos democráticos buñuelos.

Un par de cangrejos, que es una racion muy moderada y al alcance de todas las fortunas.

Un par de aristocráticos riñones.

Un panecillo, una taza de café gótico, — á dos cuartos la taza; — en vez de vino, un vaso de agua de cebada, que es muy refrescante y no se sube á la cabeza, sino que se baja á los pies, — y un mondadientes.

Terminado el almuerzo, y antes de disolverse los grupos, cada convidado se dirigirá un discurso por lo bajo, y para llorar un poco leera un articulo de oposicion, y otro que no sea de oposicion.

Parece escusado encarecer á nuestros amigos la conveniencia de la composura y el comedimiento durante el almuerzo, para que en ningun tiempo pueda decirse que los hombres de EL CASCABEL no son personas formales y no saben almorzar.

Los gefes de los grupos serán responsables de toda falta que cometan los grupos, así como tambien de las indigestiones que ocurran.

Nota. Todos los convidados se purgarán los tres dias anteriores al del almuerzo.

El almuerzo se verificará el año próximo, el dia de San Antonio Abad.

Siendo muchos y complicados los preparativos que han de hacerse, es imposible adelantar esta gran fiesta,

otro se le come un lado,

otro le quita el dinero,

y aun suele darle un trancazo,

otro quiere separarle

de su casa y del trabajo,

otro, porque no es político,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

otro vá diciendo que es un bárbaro,

ROMANCES POPULARES.

Este libro, que contiene composiciones bellísimas de Hartzenbusch, Roldán, Selgas, Larra, Florbiza, Campoamor, Navarro, Nebreda, etc., etc., se vende á 2 reales en la librería de EL CASCABEL, calle de la Alameda, número 10.

D. CARLOS FRONTERA.

Los suscritores de este libro deben remitir el importe de la suscripcion en tres meses.

Amar al prójimo. (Continuacion.)

Es V. una embustera.

V. me está ya cargando.

V. dijo que he tenido que ver con uno del Rastro.

Con uno solo?... La envidia se la come á V. á pedazos.

A que la santiguó á V.?

¡A mí! Se está V. burlando?

A V. no le han dado nunca azotes con un zapato?

Y á ese moño tan hermoso nadie le ha echado la mano?

V. lo que tiene es pico.

Si V. quisiera cortármelo...

Muy parecidas razones habrá el lector escuchado cuando riñen dos mujeres de las de rumbo y de garbo.

Pues en sustancia, esas mismas en términos menos claros, se dicen ciertos periódicos, sin duda, para ilustrarnos.

Hay en el mundo unos hombres muy tiesos, muy estirados,

unos torpes, otros listos,

otros tontos, otros sabios,

que se llaman hombres publicos, y lo son por de contado...

A los que en el mundo somos

que preparará al mundo la unidad de miras y de bocas que distingue a los hombres de...

La compañía que el año próximo ha de cantar zarzuelas en el teatro del Circo, en el que van a hacerse grandes obras, no está completamente formada.

La temporada dará principio el 1.º de setiembre con una obra de Arrieta. Los mejores autores han prometido obras a esta empresa.

No comprendemos cómo los señores del banquete no se acordaron del señor Ferrer del Rio para jefe de grupo.

—Pero, ¿qué tienes que estás tan alegre, Pascasio? —¿Que he de tener? que ya tengo el nombramiento. —¡Ay! ¿de qué? —De jefe de grupo. —¿Y cuánto sueldo te dan? —¿Qué sueldo, si es un cargo honorífico! pero ya verás en cuanto vengan los nuestros...

La compañía del Circo de Price vale bastante poco, y las funciones ofrecen poquísima variedad.

Pues tampoco vale mucho más la compañía del Circo del Príncipe Alfonso.

Los periódicos anuncian todos los días atropellos, halazgos de niños recién nacidos, riñas, escándalos, etc., etc. No es extraño que anuncien los periódicos estos sucesos; lo extraño es que la autoridad ponga tan poco de su parte para evitarlos, ó castigarlos ejemplarmente.

Es ya una vergüenza lo que sucede en Madrid, é irritante la indiferencia con que se saben todos estos hechos indignos.

Pero aquí, todo lo que no es politiquiar y figurar, no merece llamar la atención.

La mujer de uno de los que asistieron al banquete de los Campos Eliseos, ha dirigido un comunicado á cierto periódico, quejándose de las consecuencias que traerá para ella y su marido el almuerzo, en vista de que para venir á almorzar á Madrid, ha tenido aquel patriota que vender una vaca y una mula.

Sentiríamos que este desahogo de la esposa, que debe ser una mujer de su casa, le valiera un vestido de felpa.

Las mujeres que tengan novio dispuesto á casarse, deben averiguar antes de ir á la iglesia si el novio bebe, juega ó almuerza.

Estos son los tres viejos que hoy conspiran contra la tranquilidad de las familias.

En el teatro del Príncipe se ha puesto en escena la comedia Intrigas de tocador, que es un arreglo de la de Scribe, titulada La Camaraderie, traducida y representada anteriormente.

El autor del arreglo dice que su obra está escrita sobre otra francesa, y se guarda bien de citar, como debiera, en los carteles el nombre del autor francés, así como si este fuese un escritorillo adocenado, á quien él se ha encargado de arreglar y corregir.

Esta es una insigne ingratitud y una pueril vanidad.

Lo mas notable en esta obra es la ejecución, inmejorable por los actores del teatro del Príncipe, entre los que se distinguen como siempre, Matilde Díez y Manuel Catalina.

En el teatro de Novedades se leyó el día 2 de mayo una notabilísima composición poética del señor Lopez Garcia, que publicaríamos si no pudieran nuestros lectores verla en otros periódicos, que ya la han dado á luz.

Hechos tan gloriosos de tan alta significación como el 2 de Mayo, deben cantarse bien, como lo ha sabido hacer el señor Lopez Garcia, como lo hicieron Quintana, Gallego y Espronceda.

La composición de dicho señor es la mas notable de todas las que se han publicado en estos dias; las demás, sentimos decirlo, han sido bastante malas.

¿No han advertido ustedes que las noticias de Grecia comienzan siempre por esta: «Ha caído el ministerio?» Es decir, que en la patria de Themistocles se ha presentado una enfermedad que se llama la ministro enteritis. Esta afección, no clasificada todavía en las obras de medicina, es una inflamación del sistema gubernamental, que se manifiesta por el consumo espantoso de hombres de Estado.

Ha habido ya ministros que han durado un mes, otros una semana, otros quince dias, otros uno solo.

Continuando así, es probable que haya ministerios por hora como los coches de plaza, y aun por media hora como los de la Compañía.

Solucion de la charada inserta en el número anterior.

Un cabo tuvo por novio, segundo cabo, se entiende, ¡ay, que era un cabo mas grande que el cabo de Finisterre! La señora de siempre.

LOGOGRIFO.

De un título muy nombrado—saco un nombre popular;—tres letras, y cierto baile—que es un baile nacional;—lo que es conveniente que haga—quien quiera vivir en paz,—y el que tenga la desdicha—de ser un poco animal;—el nombre de un abogado;—lo que en toda casa hay;—lo que tengo en la levita;—lo que guarda el militar;—lo que como, y si lo como—puede hacerme mucho mal;—una cosa que es muy áspera,—lo que en tu cocina habrá;—dos cartas que muchos cuartos—acaso te costarán;—lo que era un gran rey de España—y el gran San Antonio Abad;—las que en las calles encuentran;—los que dejarte podrán—algo con que te consueles—si te llegan á faltar;—lo que te hace hacer mas gestos;—las mujeres desde Adán;—lo que cualquier escribano—está dispuesto á sacar;—lo que tienes en tu sala;—lo que luego te pondrán;—lo que pasan á la tropa;—una flor bella y vulgar;—una cosa que es muy dura;—lo que tu mujer querrá—para hacerse un buen vestido;—lo que tendrás que tomar—si por pedirte el vestido—una rabieta te dá;—lo que en la calle los chicos—suelen tener por jugar;—la causa de tus penitas—si eres Eva ó eres Adán;—el nombre de una canción—con remuchísima sal;—lo que tomas sin que nadie—te lo quiera disputar;—cómo se encuentra una chica—bonita bastante mal;—cómo quieres á tu suegra;—cómo las novias están;—cómo se llama un ministro—que ha dejado el puesto ya;—un lenguaje muy gracioso;—lo que nunca hallas acá;—un animal que es muy útil;—un pueblo que cerca está;—un tirano, un apellido,—y por último, un costal.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

NOTICIAS. Coin.—Citas.—Costa.—Cintas.—Cinta.—As.—Sota.—Tino.—Santo.—Notas.—Tos.—Tio.—Sitio.—Tisico.—Sano.—Asno.—Osa.—Saco.—Sí.—No.—Casto.—Caco.—Cosa.

Una señora andaluza, esposa de uno de los que asistieron al almuerzo del martes, está empeñada en que su esposo y los demás comieron callos en tan magnífica solemnidad.

Y se funda en que ha visto en los periódicos citado el menu del almuerzo, y dice que menu debe significar menudo, y que el menudo es en Andalucía una olla de callos.

Al mismo tiempo se queja de dos que tiene que le hacen ver las estrellas.

CHARADITA.

La primera y la segunda tú te la dejás quitar, sin decir una palabra, y hasta pagando, que es mas;—tercia y primera tambien consiste, amigo, en quitar, y te quitas prima y terciá solo por curiosidad;—la segunda repetida á veces te se caerá, y hace tercera y segunda con la fé y la voluntad de las niñas casaderas el que es apuesto y galán.

La censura de teatros ha prohibido el drama Infamia por interés, que debía representarse en el Circo.

Pues de esas infamias está el mundo lleno, y nadie se asombra de ellas.

Los concurrentes al almuerzo del martes dieron una gran prueba de cordura, no dando un baile después de los postres. Los peligros del baile son ya muy conocidos.

Se cree que al señor general Prim se le va á pedir que publique el primero cuaderno de unas profecías cómicas acerca de la primavera del año 1866.

Un primo de un tal Primitivo, que es pariente lejano del primero, que limpió las botas al señor general Prim, nos ha dicho que es dicho señor un astrónomo de primisimo cantello; confesamos que es la primera noticia que teníamos, pero ya estamos dispuestos á darle la primicia en cuestiones astronómicas.

Se ha querido hacer creer que el distinguido poeta don Antonio Garcia Gutierrez asistió al banquete que hubo el martes fuera de la puerta de Alcalá.

No es cierto; el señor Garcia Gutierrez no está en Madrid, según tenemos entendido.

Para dentro de dos años y un día prepara EL CASABEL su marcha á remotos climas, porque según ciertos pronósticos, hará mucho calor en España.

¿Cómo te has entrado, Conde, de esa suerte? —Dónde te dejaste, Conde, tu caletre? —Vuelve por él, Conde; —Conde, por él vuelve, que siento que digan que ya no le tienes. —Mira que te espones, mira que te pierdes, mira que he de darte muchos cascabeles.

El mismo dia del almuerzo que tuvo lugar en las afueras de la Puerta de Alcalá, se celebraron otros almuerzos parciales en algunos ventorrillos de aquellas inmediaciones.

Esto nos recuerda aquello de: «A la vuelta del cerriño está el ventorrillo.»

ANUNCIOS. ALMANAQUE cómico-profético de El Cascabel.

Este libro, que contiene composiciones bellisimas de Hartzenbusch, Rubí, Serra, Selgas, Larra, Frontaura, Camprodon, Navarro, Regoyos, etc., etc., se vende á 2 reales en Madrid en las principales librerías y en la Administración de EL CASABEL, Jardines, 11.

Se regala á los que se suscriban por tres meses al CASABEL.

Los suscritores de provincias deberán remitir un sello de cuatro cuartos por el porte del Almanaque, al remitir el importe de la suscripción por tres meses.

EL CASABEL.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

6 rs. por trimestre en toda España cuesta la suscripción de este periódico, que publica cinco números mensuales. Los suscritores de provincias pueden remitirlos en letras sobre correos ó sellos, cuando no puedan proporcionarse aquellas, á la Administración, Jardines, 11, librería.

En el Extranjero, 10 rs. por trimestre; en Ultramar, 40 rs. semestre.

OCASION INAUDITA.

Para que las señoras compren bueno y barato; bareses grises al pasmoso precio de real y medio vara; bonitísimos pelos de cabra á 3 y medio, 4 y 4 medio; cortes de barés lana y seda, de 22 rs. se dan á 40 y 50; pañuelos, seda Talavera, á 10; pañuelos percal, imitación á seda, á 2 y medio; gran esposicion de pañuelos, con sus precios; muselina cose, colchas, macasares; colgaduras, corbatas y otros muchos géneros, calle de San Martín, núm. 8, frente al cuartel de la Guardia civil.

Por lo contenido en este número F. Perezagua. Editor responsable, D. Francisco Perezagua. Imprenta de Manuel Minuesa, calle de Juanelo, núm. 19.